

Sobre el apareamiento del *Zophobas morio*, Fabr.

(Coleóptero de la fam. Tenebrionidae, sec. Heteromera)

POR EL

Prof. Francisco CAMPOS R.

Catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guayaquil.

Evidentemente la especie que acaba de citarse constituye una de las formas de coleópteros de hábitos domésticos que más frecuenta nuestras habitaciones, hallándose la muy a menudo en las cocinas y en los pisos bajos y patios donde existen palos viejos almacenados y sustancias orgánicas alteradas. No recuerdo haberla encontrado en el campo libre, lejos de las viviendas humanas, observación que coincide con las notas biológicas apuntadas por el Dr. Gundlach con relación a esta misma especie, y en lo que concierne a sus estudios efectuados en la isla de Cuba. Hablando, pues, del citado Tenebriónido, dice el expresado naturalista: «Se encuentra en las casas, debajo de tablas, cajones, etc. Nunca lo he visto en el campo».

El *Zophobas morio* es especie bien caracterizada. De cuerpo de un negro mate, adelgazado en los extremos, huye presuroso en presencia de la luz, con el cuerpo pegado al suelo, si bien su carrera poco rápida, permite asirlo con facilidad. Emite un olor fuerte, desagradable.

Ocupa amplia dispersión en el continente americano, y conozco referencias de capturas en Centro América, Jamaica, Cuba, Puerto Rico, Brasil, Paraguay y Bolivia.

En el Ecuador habita la región occidental, y personalmente lo he colectado en numerosos puntos comprendidos en escala vertical de 0 a 340 metros sobre el nivel del mar. Con respecto a observaciones locales (Guayaquil), conservo memorias de capturas durante los doce meses del año.

*
* *

El día 26 de Octubre de 1828 tuve oportunidad de sorprender una colonia de *Zophobas morio* (4 individuos adultos y 10 larvas en diversos períodos de crecimiento), oculta bajo unos despojos de estopa de coco que habían permanecido olvidados en un departamento vacío en los bajos de mi casa. Tomé los adultos con fines de investigación, logrando recoger las notas que a continuación expreso:

El 27 a las 10 A. M. coloqué una pareja en caja con tapa de vidrio para atisbar cómodamente la vida de los ejemplares cautivos. A poco de prestar atención pude advertir que el macho se aproximó a la hembra y pasando por encima de la cabeza, dió luego media vuelta, y acercando el extremo de su abdomen al de la hembra, efectuó la copulación, durando 30 segundos.

En seguida fueron separados los contrayentes, volviendo a ponerlos juntos a las 9 P. M. Macho y hembra se dedicaron a recorrer la estancia sin rumbo fijo, aparentemente indiferentes: de pronto observé que el macho se acercó a la hembra y como preámbulos de simpatía, recostó la cabeza sobre los élitros de su consorte, permaneciendo en tal actitud algunos momentos. Después subió sobre el dorso de la misma y juntó su abdomen al de la hembra. El amplexo sexual fué de unos 50 segundos, durante los cuales, la hembra lejos de permanecer en quietud, emprendió pausada locomoción llevando consigo al macho, y agitando uno y otro las antenas....

El día 28 elegí otra pareja para estudio. Esta vez el pretendiente tuvo su modalidad para expresar sus afectos, y comenzó por apoyar las seis patas sobre el dorso de la hembra, no tardando en verificar el apareamiento, y tras un corto reposo, llevó à término una nueva aproximación, transcurriendo en todo unos 40 segundos. Al desasirse el macho dejó ver un tenuísimo hilillo hialino, flotante, que salía de la apertura genital, y que tomó consistencia y coloración obscura al contacto del aire (seguramente producto de naturaleza seminal).

Realizadas las observaciones anteriores pensé luego en seguir el desarrollo de las larvas, las que fueron instaladas en caja de lata con detritus vegetales y estopa de

coco, dando asilo también a los 4 *Zophobas* adultos. Las larvas en número de 10, crecieron bien, alimentándose de la fibra menos rígida de las cortezas del coco, y hasta el 18 de Noviembre sólo hubo que lamentar la defunción de tres de ellas y la de un adulto (macho). El 25 advertí que las larvas habían comido la mayor parte de las fibras de la estopa, y allí estaba la prueba evidenciada por las abundantes deyecciones de las mismas.

Quise entonces hacer una innovación en el régimen nutricional de las larvas, y renovando los pedazos de corteza, eché un poco de melaza de caña: el cambio de plato fué recibido con signos de agrado por los miembros todos de la familia, y logré verlos en momentos de lamer con fruición el líquido azucarado.

El día 20 procedí a continuar con mis investigaciones. ¡Sorpesa grande y contrariedad mayor! ¡Saqueo y exterminio en la estancia de los ejemplares en estudio! Una falange de hormigas había hecho irrupción, atraída seguramente por el olor de la miel, y allí estaban mutilados y en fragmentos larvas y adultos, vencidos ante la fuerza numérica de los asaltantes. Tal fué el epílogo que de manera intempestiva vino a cortar el hilo de mis observaciones. Y debo advertir que con miras precautelosas, la caja guardadora de los *Zophobas* había sido aislada y pendiente de una larga piola. Con todo, la astucia de las hormigas burló mis cálculos, pues se sirvieron de la cuerda como de puente para llevar a cabo sus instintos destructores.

¡Las hormigas! Por elevada que sea la jerarquía psicológica que ocupan en la escala de los insectos, son ellas concurrentes obstinados, visitantes inoportunos en nuestras faenas de laboratorio, que a menudo truncan o interrumpen el curso de nuestros estudios, destruyendo un espécimen de valía en momentos en que seguíamos con mayor interés su proceso evolutivo, o cuando alguna circunstancia cautivaba más fuertemente nuestra atención.

Declaro que varias observaciones mías han quedado inconclusas por la intervención no solicitada de tan dañinos insectos. Y conmigo estarán seguramente muchos de los colegas de afición científica que tengan ocasión de recorrer estos renglones.